





# VIDAS ENCADENADAS



Ana Isabel Ramírez

# VIDAS ENCADENADAS



Primera edición: enero de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ana Isabel Ramírez

ISBN: 978-84-19595-68-3

ISBN digital: 978-84-19595-69-0

Depósito legal: M-1667-2023

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Esther y a mis dos Arturos*



# ÍNDICE

PRIMERA PARTE .....	11
UN APARTAMENTO.....	13
CUATRO MUJERES.....	23
RUTINA Y VACÍOS .....	41
PRIMERA CITA .....	55
PASOS DE INVIERNO.....	67
ENREDOS.....	81
EL BRILLO DEL ESPUMILLÓN .....	91
SEGUNDA PARTE .....	105
ABISMOS Y MENTIRAS.....	107
MALAS DECISIONES .....	129
EL TIEMPO Y LOS RELOJES.....	149
PÁJAROS DE PAPEL.....	161
MIELES Y CELOS.....	179
CALVARIO EN PASCUA .....	193
LASTRES Y CADENAS .....	215
PRELUDIO DE TORMENTAS .....	237
TERCERA PARTE.....	251
LA VOZ DE UNA MUJER.....	253
OPERACIÓN MARI-AJO.....	265
LAS BOMBAS ARMADAS.....	281
JURAMENTADAS .....	289
UN DOMINGO FRENÉTICO .....	311
EPÍLOGO.....	333



## PRIMERA PARTE

Cadena: atadura inmaterial que condiciona los actos de una persona.



## UN APARTAMENTO

«¡Dos días más en Madrid y mi hígado acabaría convertido en una destilería!», pensó Marta, tumbada en la cama del dormitorio de su pequeño apartamento. Lo ocurrido la noche anterior llegaba a su cabeza en imágenes difusas, como las de una película que hubiese visto a medias. El ventilador del techo chirriaba al girar con un ruido que la resaca multiplicaba hasta hacerlo insoportable, pero no recordaba cómo pararlo. Balbuceó algo con voz cavernosa y volvió a quedarse dormida.

Al cabo de unas dos horas despertó de nuevo. Miró la hora en el iPhone: las cinco y veintiocho. Había quedado en que cenaría con su hermana, pero se sentía igual que si la hubiesen centrifugado y le dolía mucho la cabeza. Marcó el número de Blanca y salió el buzón de voz. Lo intentó entonces con su cuñado. Al cuarto tono, Germán contestó al teléfono.

—¡Hola, guapo! ¿Qué tal? —saludó Marta incorporándose sobre la almohada—. Verás, he llamado a Blanca, pero me sale el contestador... ¡Ah, es verdad!, que se iba al circo con la pequeña, ¡qué cabeza tengo! Mira, estoy fatal, no puedo quedar esta noche, ¡lo siento! —se disculpó y se derrengó de nuevo en la cama para escuchar lo que le decía su cuñado—... ¡Ah, pues bien!, perfecto si me acercas al aeropuerto mañana —dijo entre bostezos—. Por cierto, ¿podrías mirarme el ventilador del techo un día de estos? Hace un ruido endemoniado... ¿Blanca no tiene copia de las llaves de esta casa? —Marta se incorporó de nuevo, no podía soportar el ruido—, mañana te dejo unas. Un beso para ti y otro para Blanca y la niña. Hasta mañana. *Ciao* y gracias.

Cuando colgó a su cuñado recordó que una pequeña cadena colgaba del ventilador, tiró de ella y puso fin al trajín del aparato, que fue perdiendo fuerza hasta quedar inmóvil. Se desperezó, se levantó y subió la persiana. El calor sofocante de agosto la narcotizaba más que el alcohol, así que se dirigió al servicio y abrió el grifo de la bañera. Se desnudó y metió los pies en el agua cuando apenas cubría sus tobillos y, flexionada sobre sus rodillas, se deslizó hasta tumbarse. La luz blanca del espejo dibujó reflejos amarillos en su cuerpo delgado. En un mes cumpliría cuarenta y cuatro años. Había llegado a Madrid desde Brujas hacía una semana en un viaje de bajo coste, sin equipaje, con lo puesto y un par de mudas en el bolso. Todo lo que necesitaba para desconectar de la rutina de Lieja lo tenía en el apartamento y en los contactos que aún guardaba de las amigas de la Facultad. Sentía no despedirse esa noche de su hermana, pero no se encontraba en condiciones. Se alejaba de Blanca de manera irremediable. No era solo la distancia física que mediaba entre ellas, ya estaban muy lejos antes de que Marta se fuera a vivir a Bélgica. Ahora, hablar con su hermana le resultaba tan difícil como respirar aire en una pecera.

—Yo creo en la familia, Marta —le dijo su hermana la tarde anterior, cuando se vieron—. Tengo que darle tiempo a Germán porque me lo está pidiendo y porque tenemos una hija.

—Y tú, Blanca, ¿qué quieres tú? —le preguntó por enésima vez desde que supo que la convivencia entre Germán y ella amenazaba con quebrarse para siempre.

—¿Que qué quiero yo? —repitió con los ojos perdidos en un punto impreciso— Poner distancia entre nosotros es como salir corriendo. No soy como tú.

A través de la ventana abierta del dormitorio llegaban los ruidos de la calle Fuencarral, los cierres de las tiendas que bajaban sus verjas metálicas, en lo que parecían orquestadas secuencias, se mezclaban con las risas y las voces que empezaban a ocupar la tarde. Se puso un pijama limpio y se asomó a la ventana. Sintió en los brazos y la cara el calor que desprendían los ladrillos de las paredes exteriores, some-

tidos a un sol achicharrante. La calle que podía ver ahora desde la ventana de su pequeño apartamento nada tenía que ver con ese mismo trecho hacía algunos años. Escuchó el murmullo de voces que llegaba hasta ella en oleadas de diferente intensidad. El apartamento primero perteneció a su padre, representante de calzado de Elche y de Alicante, que lo adquirió para exponer en un sitio céntrico el género que vendía. Por entonces constaba de cuatro piezas minúsculas repartidas en cuarenta y cinco metros cuadrados: un dormitorio, un baño, una pequeña cocina y un salón-comedor. Cuando Marta llegó de Petrel a Madrid para estudiar Turismo, lo compartió con su progenitor, pero dos años después también vino Blanca y el padre decidió dejárselo a sus hijas y alquilarse él un estudio cerca. Una vez que el piso pasó a ser propiedad de Marta, ella mantuvo el dormitorio, modernizó el baño y unificó la cocina y el salón en un concepto de espacio abierto en el que integró modernos electrodomésticos y muebles de cocina que se escondían en una sucesión de puertas abatibles naranjas, blancas y verdes que hacían las veces de murales decorativos. Desde que se fue a vivir a Bruselas lo ocupaba solo algunas semanas al año, en vacaciones.

Al día siguiente, Marta se levantó pronto para dejarlo todo limpio y ordenado. Eligió un vestido de tirantes largo que estilizaba aún más su figura delgada, alborotó su media melena para que cayera en mechones desordenados por su rostro anguloso y, a las doce en punto, salió del portal en dirección a la Gran Vía. En la calle, aspiró con fuerza el aire de la mañana para no olvidar el olor del calor de Madrid. Al llegar a la esquina del edificio de la Telefónica reconoció la figura inconfundible de Germán, que ya la esperaba, apoyado junto a un coche muy viejo.

—¿Vamos a ir al aeropuerto en esto? —le preguntó gesticulando y señalando con el índice el automóvil mientras abrazaba a su cuñado.

—¡Va como un tiro, guapa! ¡Anda, sube! —le pidió Germán, un hombretón alto y fuerte que la recibió abriéndole la puerta y haciendo una especie de reverencia cómica.

—¡Yo pillo un taxi!

—¡Anda ya! —replicó divertido—. ¡Pero si es un clásico del 89!

—¡No me jodas, si está que se cae! —protestó sentada en el asiento del copiloto—. Al menos no lleva la funda con las bolitas de madera —observó aprensiva, procurando no rozarse mucho con la tapicería.

—¡Por un día, ¡guapa!, me las están haciendo a medida en el IKEA —le vaciló Germán entre risas.

Marta, después de ajustarse el cinturón de seguridad, sacó un llavero de su bolso, se lo dio a Germán y le explicó qué puerta abría cada llave. Una vez más le pidió que fuese a revisar el ventilador que colgaba del techo del dormitorio, por si se lo podía arreglar antes de que ella volviera el próximo verano.

—Van a ser trece mil quinientos euros más IVA y la voluntad —bromeó Germán, introduciendo el llavero nuevo en una argolla donde había otras llaves que luego dejó en la guantera del coche.

—¡Estás tú fresco! —le contestó Marta pellizcándole suavemente en la mejilla—. ¿Sigues coleccionando latas? —le dijo, haciendo referencia a la afición que siempre tuvo de comprar y vender automóviles de segunda mano.

—Sí, hay bastante mercado.

—¿Y el piano, lo sigues tocando?

—Cuando me da la vida, cuñada.

—¡Qué pena!, para algo que hacías bien...

—¡Pero mira que eres chinche!

Continuaron en silencio un tramo en el que ella hizo memoria de la de veces que habían hecho juntos ese mismo trayecto, de ida o de vuelta del aeropuerto. Desde su asiento miró el perfil de su cuñado. Aunque estuvieran disimuladas por unos mechones de cabello, podían distinguirse las cicatrices que tenía en la sien derecha, las huellas testimoniales del accidente. Fue un milagro que sobreviviera, eso dijeron los médicos que lo operaron. Habían pasado diez años y Marta sintió un escalofrío. No quería recordar ese episodio ahora.

—¿A la T2 o a la T4? —preguntó Germán, interrumpiendo los pensamientos de su cuñada.

—La T2 —respondió mirando de nuevo su perfil oscurecido por la sombra de una barba incipiente.

Llegaron a la puerta de la terminal y los dos se despidieron dentro del coche, dos besos y un fuerte abrazo.

—Cuida mucho a Laurita y dale un beso a mi hermana —pidió ella antes de abandonar el vehículo.

—Descuida, guapa. ¡Buen viaje!

Germán siguió con la vista la figura de su cuñada hasta que la perdió entre un grupo de viajeros, y entonces inició el camino de regreso a Madrid. Daba por buena la prueba de conducción que había realizado con el coche y decidió que esa tarde lo dejaría en el garaje de su socio para que realizase algunos ajustes antes de ponerlo a la venta. Después de consultar la hora en su móvil, se colocó unos auriculares y marcó un número.

—¡Blanca!, ¿quieres que comamos en el chino que le gusta a Laurita? —preguntó con voz áspera—. ... Sí, tu hermana ya está en el aeropuerto. ¿Comemos en el chino o no? —repitió impaciente—. No, no he hecho reserva, joder, Blanca, que estamos a mediados de agosto, que no queda nadie en Madrid! —dijo levantando a la vez las dos manos del volante—. En veinte minutos estoy allí. ¡Adiós!

A Germán le parecía que todo generaba en Blanca una ansiedad sofocante y, aunque ya era así cuando se conocieron, estaba convencido de que la maternidad lo había exacerbado. Desde hacía unos días, la perspectiva de pasar sus vacaciones junto a su mujer y su hija en una playa atiborrada de gente, en Calpe, le ponía de mal humor. En ese momento no tenía intención de perder la tarde haciendo maletas y, un poco antes de aparcar el coche frente a su casa, marcó un número de nuevo y se colocó otra vez los auriculares.

—¡Hola, Bomba, guapa! —susurró con voz empalagosa—. No hagas planes esta tarde que te quiero toda para mí.

A las cinco y media de la tarde, después de haber comido con su mujer y su hija y de dejar el coche en el garaje de su socio, Germán entró en el piso de su cuñada con dos cajas desarmadas de cartón que dejó en el suelo junto al casco de la moto y unas herramientas que llevaba en los bolsillos. Abrió un poco la persiana del dormitorio, lo suficiente para dejar que pasara algo de luz sin que entrara más calor. Puso en marcha el ventilador. Comprobó que estaba fijado al techo con tres tornillos largos y que, al haberse aflojado uno de ellos, quedaba descompensado el peso del motor y las aspas giraban dando saltos. Con un destornillador los apretó todos de nuevo.

Cinco minutos más tarde había terminado y decidió echar un vistazo al apartamento. Después de la reforma que hizo Marta, estuvo allí solo un par de veces con Blanca. Se acercó a los armarios del dormitorio, presionó sobre las hojas de espejo para abrirlos e inspeccionó su interior. Uno de ellos estaba compuesto por varios cajones y un altillo para las maletas, vacío. En el otro encontró guardadas dos camas plegables y, en el hueco sobrante, un par de baldas con unas alpargatas. Cogió una de las cajas de cartón que trajo, la montó y la fue llenando con lo poco que había en los armarios de calzado o de ropa. Después hizo lo mismo con lo que Marta organizó sobre las estanterías junto a la bañera y en el mueble que tenía encastrado el lavabo: sacó cuanto había y, menos el papel higiénico y unas toallas, lo introdujo todo en una bolsa de basura que depositó también en la caja de cartón. Cuando terminó con esta operación, cerró las solapas con cinta de carroceros y depositó la caja en el hueco del altillo.

Antes de salir a la calle se mojó la cabeza en el lavabo para paliar un poco el calor que pasaría en la moto, bajó las persianas, salió y cerró tras de sí. Pensó que ya solo le quedaba hacer una copia de las llaves del apartamento antes de dárselas a Blanca, para que las guardara en la caja fuerte.

Tras cuarenta y cinco minutos, la puerta del apartamento volvió a abrirse y Celia, una mujer menuda que llevaba los ojos cubiertos

con un pañuelo rojo, entró de la mano de Germán. Su rostro recordaba a una de esas máscaras de la comedia griega, con una sonrisa amplia, de labios carnosos y rosados y unos hoyuelos laterales que amenazaban con convertirse pronto en surcos.

—¿Puedo mirar ya? —preguntó Celia impaciente.

—¡Todavía no! —dijo él, detrás de ella—, a la de tres, Bombita —le susurró al oído, haciéndole cosquillas con las palabras—, ¡una, dos y... tres! —contó antes de retirarle la seda que cubría sus ojos.

Ella se movió con rapidez, girando sobre sí misma y buscando con avidez algo que debía encontrar en aquellas salas en penumbra. La escasa luz que se filtraba por las persianas entornadas deformaba y confundía las sombras y las proporciones, haciendo que la mujer resultara aún más pequeña frente a la corpulencia de Germán.

—¿Dónde tengo que mirar? ¿Qué debo ver? —preguntó alentada por la promesa de un tesoro escondido entre aquellas paredes.

—¡La leche! —exclamó Germán, divertido por la situación—. ¿Qué no lo ves? ¡El apartamento, carajo! —indicó levantando la persiana de la ventana del salón—. ¡Que ya tenemos apartamento, Bombita!

—¿Qué me dices? —gritó aplaudiendo y lanzándose sobre los brazos de él—. ¡Espero que no me estés tomando el pelo y que no sea de algún amigo tuyo, como otras veces! —advirtió mirándolo de pronto con recelo—. Además, ¿no me dijiste ayer que te ibas mañana a la playa con tu mujer? ¿Qué ha pasado?

—¡Tranquila, no te me embales!, ahora te lo cuento todo. ¡Ya te dije que era una sorpresa muy grande! —afirmó mientras le acariciaba con ternura el pelo y la miraba con sus grandes ojos verdes—. ¿No quieres echar un vistazo primero? Me gustaría que lo revisaras. Estoy a tiempo de dejarlo.

Celia comenzó la inspección tímidamente, con su bolso entre las manos, pero a los pocos minutos había olvidado sus reparos y correteaba como un ratoncillo por toda la casa, abriendo puertas y

ventanas, disfrutando de la impunidad otorgada para fisgarlo todo sin remordimientos. Germán la observaba sentado en una de las sillas de tulipa que rodeaban una mesa de cristal, en el espacio que Marta había reservado para comedor.

—¡Este piso no tiene cocina! —exclamó después de un rato, plantándose delante de Germán en jarras— ¿Pero qué mierda de apartamento has pillado?

—¡Eres la Bomba, chica! —le dijo levantándose de la silla y acercándose a ella.

A él le gustaba la frescura y la naturalidad silvestre y sin artificios con la que Celia se presentó desde el primer día, hace ya más de un año. Con determinación, abrió una a una las puertas de colores que componían la pared del fondo y, mientras acariciaba sus muslos regordetes, mordía juguetón sus labios y oprimía sus pechos, le fue mostrando los electrodomésticos que escondía el mural decorativo.

—¿Qué más cosas quieres que te enseñe, Bombita? —le susurró entre mordisco y mordisco.

—¡Enseñámelo todo, Germán, todo! —contestó una Celia apasionada, apretándose entre los brazos de él para devolverle los besos y los pellizcos.

A los pocos minutos voló una blusa por el espacio del apartamento, y le siguieron una camiseta y un sujetador de cazuelas generosas que liberó unos senos blancos y carnosos entre cuyo voluptuoso dominio ocultó su rostro Germán. Los dos se buscaron con la lengua y con las manos y, a trompicones, llegaron hasta el colchón del dormitorio para entregarse, desnudos y afanosos, a un ceremonial de abrazos y caricias que aplacara su deseo. Pasaron la tarde enardecidos en un juego de provocaciones constantes hasta que se quedaron satisfechos, el uno junto al otro, cansados de calor y ahitos de sexo.

Hablaban en susurros, abrazados, cuando vibró el iPhone de Germán.

—¡Menudo cortarollo! —protestó Celia.

—Sí, guapa, sí —confirmó besándola con dulzura—. Tengo asuntos que resolver antes de irme mañana. ¡No tardo nada! —Y, apartándose con suavidad de ella, atendió la llamada.

Celia, sentada en la cama, escuchó como Germán resolvía asuntos de válvulas y cigüeñales. Llevaban viéndose más de un año, aunque se conocieron antes, en un chat para solteros. Ni de lejos podía imaginar entonces las sorpresas que le esperaban de la mano de aquel hombre cuya fotografía, con los ojazos verdes y los rizos en la frente, le pareció a ella que la habían sacado de un catálogo de modelos. Consideró que sería el típico perdonavidas, pero decidió que era mejor quedar con aquel guapazo que perder la tarde en el sofá, viendo *Sálvame*. No pensó que estuviera casado, por el contrario, creyó que era uno de tantos de los que conocía a los que no les gustaban las ataduras. No le preguntó hasta que ya fue demasiado tarde.

Apurada porque se les había echado el tiempo encima y tenía que regresar a casa con su hija, Celia entró en el cuarto de baño y se duchó. A los pocos minutos, Germán despedía la conversación, pero en el dormitorio solo quedaba, para testimoniar su ardoroso fervor, la huella sudorosa de dos cuerpos en el colchón y un despliegue de ropa esparcida por toda la habitación.

—¿Entonces cómo has aterrizado aquí, corazón? —preguntó Celia cruzándose con él en la bañera y zafándose de un envite para el que ya no tenía tiempo.

—Me llamó una enfermera del hospital, su compañera dejaba este piso vacío —contestó alzando la voz para que se escuchara por encima del ruido del agua de la ducha—. Se acordó de que yo buscaba algo céntrico. ¡Total!, ayer la llamé y esta mañana he dejado una fianza —dijo saliendo del baño con una toalla atada a la cintura.

—¿Y tu mujer? ¿No os ibais mañana juntos a la playa? —preguntó Celia, que ya estaba arreglada y le esperaba con el bolso entre las manos.

—¡Claro, eso sigue igual! Llevo a Blanca y a Laura a Calpe y, cuando estén instaladas, me vuelvo —le contó mientras se ponía la ropa que ella había dejado ordenada sobre la cama.

Celia no preguntó más. Estaba acostumbrada a que todo fuese así con Germán. Recogió las toallas y las dejó estiradas en la barra de la ducha. Luego escribió un mensaje a su hija avisándola de que llegaba en quince minutos. Antes de cerrar el móvil, leyó su estado del WhatsApp: «Lo fácil me aburre, lo difícil me gusta, pero lo imposible me enamora».

## CUATRO MUJERES

El coche se deslizaba por la carretera que dibujaba un trazo firme y oscuro sobre esos campos verdes de jara y tomillo. Grupos de azaleas blancas, bellas y envenenadas, destacaban en los márgenes del firme. En un bucle agotador, a Blanca todo le recordaba a ella: las azaleas y la vía, igual que su vida, que corría imparable por un camino salpicado de una belleza dañina.

Llevaba unos años anestesiada de apatía, inerte. En algún momento perdió la ilusión y la fuerza. Su vida se llenó de minúsculas piedrecitas, pequeñas como arroces, atrapadas entre los dedos de sus pies. Cada paso que daba, cada fiesta, cada libro, cada día de sol o de lluvia, cada hora de sueño, todo y todos estaban llenos de esas piedras que no la dejaban vivir y que no sabía cómo sacudirse. Igual que piedritas descuidadas en un calcetín.

Junto a Blanca, en el asiento de atrás del coche, dormía la pequeña Laura, que se estremecía de vez en cuando unos segundos. Como quien pasa las hojas de un libro buscando algún epígrafe, así parecía que la mente de Blanca revolvía en el recuerdo detrás de esos momentos felices escondidos en los pliegues del pasado. Había cargado de ropa las maletas: la de Laura, la de ella y también la de Germán. Las llevaba llenas, como estuvo alguna vez su esperanza, repleta de ilusiones para una vida juntos. No sabía dónde estaban guardados esos recuerdos. Quería encontrarlos y volver a transitar por ellos para dejarse seducir de nuevo por aquellos ojos verdes de Germán, envenenados como las bellas azaleas.

## II

Un coche de la Policía municipal rodaba despacio por la calle Princesa. En el interior del vehículo dos agentes municipales, contagiados por el sosiego de esa tarde, patrullaban las calles casi vacías. Marcial conducía, le gustaba la quietud de principios de septiembre. Alejandra, que disfrutaba más con el bullicio de otros meses, se ajustaba correctamente una de las hebillas de su bota derecha. A pesar del tiempo que llevaba de policía no se acostumbraba al calor que daban las botas en verano. Ambos agentes tienen cuarenta y tres años, pero ella, de complexión atlética y más alta que su compañero, aparenta ser más joven. Los dos cubrían sus ojos con gafas oscuras.

—¡Te digo yo que nos forramos! Es solo cuestión de darle un par de vueltas —decía Alejandra justo en el momento en el que les interrumpió la emisora.

—«Operativo 9.47, repito: 9.47. Asistencia a un rojo 2 en Paseo de Moret con Martín de los Heros».

Como el aviso no hacía referencia a su número de operativo, los agentes reanudaron la conversación.

—¡No es coña, en serio! Es algo que a nadie se le ha ocurrido antes —afirmó enérgica Alejandra—. Yo llevo tiempo pensando en cómo diseñarlo. ¿Tú te das cuenta del pollo que montamos nosotras cada vez que queremos mear? ¡Nos tenemos que quitar el cinto con los grilletes, la pistola y la porra!, ¿y dónde lo dejamos, con sus más de dos kilos de peso? Está claro que en el suelo, porque no puedes mear con todo eso en la mano o colgado del cuello, ¿lo comprendes ahora?

—¡Vale! ¡Visto así! —asintió Marcial, contrayendo las cejas—. Pero no entiendo cómo lo vamos a solucionar.

—¡Joder!, pues con un pantalón diseñado para abrirse por debajo y poder mear de pie, como los tíos —argumentó ella dando al tiempo una palmada triunfal en el aire—. ¡Si lo inventamos, nos forramos! Cada vez somos más mujeres en la Policía, y en otros cuerpos de seguridad.

Marcial miró a su compañera y dudó de si debía hablar o callar para siempre, pero la apacible tranquilidad de la tarde y que no tuvieran nada mejor que hacer le inclinó a aventurar una propuesta.

—Pues... no sé..., ¿y una cremallerita?, pero en vez de arriba, pues justo debajo, ahí, en vuestro mismísimo —aclaró señalándose los genitales.

—¡Eso no vale! —objetó de inmediato Alejandra, muy seria—, acabaríamos con todo el pantalón mojado, ¿no te das cuenta? ¡Verás!, vosotros podéis apuntar, pero lo nuestro es más tipo aspersion —le explicó dibujando al tiempo con el brazo una elíptica en el aire para ilustrar a su compañero.

Marcial hizo un verdadero esfuerzo por contener la risa. Lo consiguió durante unos pocos segundos, pero después inundó la cabina del coche con el sonido de sus carcajadas, que contagiaron a Alejandra y que les obligó a orillar el vehículo y parar un momento para secarse las lágrimas de los ojos. Una vez recuperado el temple, el agente intentó afinar un poco más la solución que había dado, apuntando una mejora que se le acababa de ocurrir.

—Podemos poner una cremallera más larga, que vaya también por detrás y que incluya el culo. Así podríais sentaros y llevar el cinto puesto.

—¡Claro! Y otra cremallera para abrir las bragas, ¿no? —le replicó Alejandra.

Los dos reían ya sin consuelo, se imaginaban las prendas del nuevo uniforme femenino con las enormes cremalleras.

—¡Yo que sé! —dijo él entre risa y risa—. ¡Mira que sois complicadas!

—¡Ya te digo! Nos estamos descojonando, pero sería un inventazo.

—¡Yo quiero ver esa demo el día que lo inventes! —afirmó Marcial con la cara llena de lágrimas—. ¡Porque tendrás que hacer una demostración! Seguro que sales en los periódicos: «Policía española inventa un pantalón femenino que permite a las mujeres orinar de pie» y una foto tuya, meando con el cinto puesto delante de la ministra de Defensa.

Los dos compañeros se abandonaron totalmente a la risa. Alejandra se quitó las gafas para limpiarse los lagrimones que le caían por las mejillas y, cuando ya parecía que se calmaban, un nuevo cruce de sus miradas desató las carcajadas, amenazando a ambos con entrar en un bucle interminable. Será la emisora la que les obligue a serenarse. En esta ocasión solicitaban a algún indicativo que estuviera libre para acudir a una custodia en Paseo de Moret, en el mismo punto donde hace un rato daban aviso de un accidente con heridos.

—Indicativo 9.48, estamos en la calle Vallehermoso con Donoso Cortés —contestó Alejandra, atendiendo de inmediato el aviso—. Nos acercamos a Paseo Moret para hacernos cargo de la custodia.

Marcial reanudó la marcha. Solo les separaban unos ocho minutos y, efectivamente, al entrar al Paseo de Moret vieron un monovolumen estampado contra un árbol. Además de con un vehículo policial, se encontraron con una ambulancia del Samur que atendía a un herido. Estacionaron el coche y se acercaron al compañero al cargo del operativo que les dio cuenta del motivo de la custodia.

—Es un varón de veinte años con antecedentes. Conducía él —dijo el agente señalando una camilla donde atendían a un hombre malherido—. Ha dado positivo en alcohol y drogas. No llevaba cinturón y, aunque el airbag frenó el golpe, no pudo evitar que impactara el pecho en el volante. El médico quiere llevarlo al hospital para asegurarse de que no tiene lesiones internas, y ahí entráis vosotros porque, al comprobar la matrícula del coche, parece que también está involucrado en el alunizaje de una joyería. La compañera ya le ha informado de que lo lleváis detenido. Debéis custodiarlo hasta el hospital, donde le esperan agentes de la Nacional. Nosotros nos vamos a comisaría a abrir las diligencias.

Decidieron que sería Alejandra la que viajara con el detenido. Antes de ocupar su asiento en la ambulancia, se agachó para coger del suelo la bolsa de plástico negra que contenía los objetos personales del detenido y, al tirar de ella, sintió un fuerte latigazo en

el hombro derecho que la obligó a soltarla de golpe. Llevaba unos días molesta con el fastidio del hombro. Recogió la bolsa con la mano izquierda y ocupó su sitio junto al herido.

Cuando llegaron al hospital, dos agentes de la Policía Nacional los esperaban en la puerta y, mientras que los técnicos desbloqueaban y sacaban la camilla, Alejandra se fue hacia el mostrador de urgencias para completar la documentación pertinente y hacer el traspaso de custodia. Odiaba ese tipo de papeleo con el que debía cumplimentar varias hojas con infinidad de detalle. Cuando terminó, se guardó la copia que debía entregar en su unidad y se despidió de los agentes y de los Samur, que aún seguían por allí.

Se dirigía a la salida donde la esperaba Marcial con el coche cuando vio que cruzaba el vestíbulo uno de los enfermeros que atendió al herido a la llegada. Llamó su atención levantando la mano y le preguntó por el estado del chico. El sanitario se aproximó hacia ella, arrastrando ligeramente los pies, hasta estar tan cerca que casi podía rozarla.

—¿Te refieres al herido con el traumatismo en el tórax, verdad? —confirmó el enfermero, que, dada su estatura, parecía estar acostumbrado a mirar siempre desde arriba—. Creo que no se ha roto nada, quizá alguna fisura, pero la inflamación no deja que las placas se vean claras.

Alejandra miró con recelo al hombre que le hablaba desde tan cerca y casi con un murmullo. Ella se plantó delante de él, desafiante, como si esperara repeler de pronto el envite de aquel que estaba tan próximo. Los dos se miraron un instante más y Alejandra rompió de pronto su postura severa y se dirigió de nuevo a las puertas de salida.

—Si me das tu teléfono, te llamo si mejora —gritó el enfermero, reclamando de nuevo la atención de ella.

—¡No hace falta, gracias! —le contestó sin reprimir una sonrisa.

—¿Dime entonces, qué puedo hacer yo para que me lleves detenido? —insistió él sin darse por vencido.

Alejandra se frenó en seco. Muy despacio, se dio media vuelta y abrió la libreta de las notificaciones. Esta vez fue ella la que caminó hasta donde él la esperaba.

—¡Tu nombre y el número de teléfono! —demandó muy seria, pero jugueteando con el lápiz entre sus labios.

—Germán, me llamo Germán, agente —contestó y, acercándose más, sacó un bolígrafo que guardaba en el bolsillo de su bata y escribió unos números junto al nombre que acababa de anotar Alejandra.

Ella cerró de golpe la libreta y la guardó. Sin dar más explicaciones, se dio media vuelta y empezó a caminar de nuevo hacia la salida.

—¿Cómo te llamas?, ¡eh, dime! ¿Eres Virginia, Laura o Carolina, Andrea, Margarita o Nerea, Victoria, Ana o Pamela, dime, por favor? —le pidió, subiendo cada vez más el tono de su voz.

—¡Alejandra! —gritó ella sin volverse.

—¿Me llamarás, Alejandra?

Nada más salir a la calle la agente se encontró con Marcial, que, apoyado en el capó, estaba aburrido de esperar.

### III

Celia viajaba en el autobús camino de la plaza de la Ópera. «Unos días para que pruebes y, si te gusta, te hago fija», le dijo don Ignacio hace unos días, pero, por ella, se podía haber ahorrado la prueba y haberla contratado directamente, porque no estaba en condiciones de rechazar ningún trabajo, cuanto menos uno de dependiente en una tienda de música.

Llevaba varios meses limpiando en casa de don Ignacio. Había ido recomendada por Germán para una sustitución en las vacaciones de Semana Santa. Entonces pasaba por apuros económicos y ese dinerito le venía muy bien. Se aferró a la escoba, a la fregona y a los plumeros con la misma ilusión y ganas que ponía siempre en todo y, quizá por eso, pasado unos días, don Ignacio le ofreció

quedarse indefinidamente y ahora, cuatro meses después, le daba una oportunidad en la tienda.

Última parada. Celia, que ya estaba esperando junto a la puerta de salida, bajó resuelta del autobús. Revisó su indumentaria en el reflejo de la marquesina antes de comenzar a andar hacia la calle Arrieta, a la tienda de instrumentos musicales. Estaba muy ilusionada porque por fin, a sus 40 años, iba a conseguir un contrato fijo. «Tus victorias son sueños que jamás diste por perdidos», podía leerse en su estado de WhatsApp.

Cuando entró en el establecimiento miró todo aquello con la fascinación del que ve el mar por primera vez. Después, resuelta, se dirigió hacia un pequeño mostrador de madera de haya y preguntó por el encargado. Transcurrió para ella la mañana subiendo y bajando material del almacén bajo la tutela de Andrés, un joven dependiente que mostró muy buena disposición para instruirla. Era el momento de recibir pedidos. Ya empezaban a llegar los clientes habituales de esa temporada, fundamentalmente alumnos de los conservatorios o de las escuelas de música con necesidades muy concretas para el inicio del curso. Ordenaron el escaparate con algunos de los elementos más solicitados, pero también con esos otros que solo valoraban los profesionales o los coleccionistas. Celia se sentía fascinada. Cogía los instrumentos con la delicadeza de quien acuna a un bebé, sorprendida por su peso o por su ligereza y embelesada con las explicaciones que recibía de su compañero. Cuando salió de la tienda estaba contenta por lo bien que había ido todo. De momento la necesitaban las mañanas, de nueve a tres de lunes a sábado, aunque este horario podía estar sujeto a cambios en las campañas donde la venta fuera más fuerte.

El autobús estaba ya en la parada, pero hacía un magnífico día de otoño y prefirió volver andando. Cruzó la plaza de Isabel II y se dirigió hacia el Palacio para bajar por los jardines hasta la cuesta de San Vicente. Era un paseo agradable y se ahorraría los túneles de la plaza de España. Mientras caminaba no pudo dejar de pensar en los cambios de humor de Germán. Según las veces, o se desvivía

o se volvía insoportable y se enfadaba con el mundo, pero, sobre todo, con ella. Celia resistía entonces los embates como podía. Pensaba que se lo debía porque gracias a él ahora tenía trabajo. La última vez que estuvieron juntos, hacía ya una semana, hablaban relajadamente, tumbados en la cama del nuevo apartamento, cuando un comentario que ella hizo desató su cólera. Charlaban sobre los problemas de la adolescencia sin ser profundos, con generalidades y frases hechas.

—A los hijos hay que quererlos antes de tenerlos —le dijo y por cómo la miró, supo de inmediato que empezaría a desbarrar y a dar gritos.

—¿Cómo te atreves a sugerir que soy un mal padre, Bomba? —gritó él presa de la ira—. ¿Crees que soy gilipollas, eh? ¡Tú y tus pullitas envenenadas!

Celia recordaba que él se pasó un buen rato dando vueltas de un lado a otro del dormitorio, totalmente desnudo, mientras ella, desde la cama y armada de paciencia, campeaba el arrebato.

—¡Pero si ni conozco a tu hija ni a tu mujer, qué voy a saber yo!

En la esquina de la Virgen del Puerto con la cuesta de San Vicente, un camión atascado en la glorieta provocaba un escándalo de pitidos y de gritos, pero Celia ni echó cuenta de ello, concentrada como estaba en revivir todo lo que pasó, para ver si así despejaba de una vez la incógnita y averiguaba qué le ocurrió para tratarla tan mal como lo hizo. Recordaba que siguió tumbada mientras Germán se movía encabritado, recogiendo su ropa que, como la de ella, estaba esparcida sin orden por toda la habitación. Se agachaba y se incorporaba y volvía a agacharse, y una prenda aquí y otra allí, cada vez más enojado. Entonces ella vio que los calzoncillos estaban sobre una de las aspas del ventilador y que su dueño los buscaba debajo de una silla con el culo apuntando hacia arriba y con los testículos asomados por debajo, en una pose grotesca por la que Celia no pudo contener la risa.

—¡Serás puta!, ¡deja de reírte, pedazo de puta! —le gritó Germán entonces, volviéndose hacia ella.

El paseo estaba a punto de terminar. Cruzó la calle Segovia y, antes de meterse en su portal, saludó a través de los cristales de la cafetería de la esquina a uno de los camareros. Celia vivía en el noveno piso, en la antigua casa de los porteros. El ascensor solo subía hasta el octavo y para llegar a ese último rellano se accedía por un tramo de escaleras. Siempre había vivido en aquella casa, incluso los años que estuvo casada con Santi. Cuando entró, se quitó los zapatos y se fue a la cocina. Quería comer algo antes de irse a buscar a Alba. Estaba desolada porque nunca antes Germán la había tratado así. Recuerda que se levantó y que, desnuda, se encaró con él.

—¡No voy a permitirte que me llames eso!

Entonces él la miró y ella le sostuvo la mirada, pero, de pronto, Germán descubrió sus calzoncillos encima de las aspas del ventilador y levantó muy enérgico el brazo para cogerlos y lanzarlos con rabia contra la pared. Ella, atemorizada, se tiró al suelo y se encogió sobre sí misma, con la cabeza escondida entre sus brazos.

—¿Pero qué haces? —la increpó—. ¿Crees que voy a pegarte? —le dijo y guardó silencio un rato largo, sin dejar de mirarla, tirada a sus pies—. ¡Yo no soy como el cabrón de tu marido!

Aquel día ella no esperó a que él saliera de la ducha. Cogió sus cosas, se vistió rápidamente y se fue de allí. Quería escapar para romperse a trozos. Él no había vuelto a llamarla. Los días que siguieron a la bronca Celia solo supo de Germán a través de su estado de WhatsApp y de las fotografías que colgó en su perfil, que tenía un amplio repertorio de imágenes que cambiaba muy a menudo, siempre solo o con su hija, una niña de unos cinco años que se parecía mucho a él. Celia prefería fijarse más en las frases que ponía para definir sus estados de ánimo. Solían ser sentencias cortas con alguna moraleja, pero en aquella semana mantuvo una que a ella la tenía desconcertada: «El mejor maestro es el tiempo. Incluso sin que hagas preguntas te da las mejores respuestas». No sabía qué demonios de mensaje era ese y si le estaba diciendo algo a ella, con el rollo del tiempo y las respuestas. No sabía a qué ate-

nerse ni qué esperaba él que hiciera ella ahora; si estaba sugiriendo que no preguntara más y que esperara sentada su respuesta o si era justo lo contrario y él esperaba una señal de ella y, como no llegaba, decía esto del tiempo. Y así anduvo Celia, mareando en su cabeza todas las combinaciones que, gracias unas veces a la razón y otras a la locura, fue capaz de componer en una semana de espera.

De camino al instituto le consumían las dudas y la inquietud, y unas veces se preguntaba qué había hecho ella para que le llovieran del cielo los gilipollas y, otras, si no sería ella la gilipollas. A pasitos cortos y rápidos llegó a la puerta donde la esperaba Alba, una adolescente de doce años que compartía con su madre una sonrisa pícaro, enmarcada por dos hoyuelos en perfecta simetría con su boca. Las dos hicieron juntas el camino de regreso a casa, intercambiando preguntas e interesadas cada una en la otra. Hablaron de la tienda, las asignaturas, los instrumentos musicales, los exámenes, los compañeros, la comida y los deberes para el día siguiente, pero nada de Germán porque, a pesar del tiempo que hacía que lo conocía, Celia consideraba que las circunstancias no habían favorecido todavía las presentaciones.

Era la hora de la cena y madre e hija estaban juntas en la cocina cuando Celia oyó en su móvil el inconfundible sonido de un WhatsApp. Desde el rincón que ocupaba en la cocina podía ver su bolso, colgado del perchero que estaba encima del mueble de los zapatos. Continuó comiendo. Al cabo de pocos segundos se produjo una secuencia intermitente de sonidos. No había duda, era él, con su estilo inconfundible de mensajitos cortos y muy seguidos.

—Te están wasapeando —dijo Alba.

—Ya, luego lo miro —contestó, fingiendo desinterés.

Celia siguió sentada delante de su plato sin poder comer nada más, con el estómago cerrado y sin moverse hasta que su hija terminó, recogió su plato y se fue a su habitación. Entonces fue directa a su móvil y a WhatsApp. Hubiera preferido una llamada. Un seis pequeño flotaba encima del icono. Pinchó para leer el mensaje:

Hola, mi Bombita 🖐  
¿Qué tal la tienda, te ha gustado?  
Ya no estas enfadada, verdad?  
Tenemos que hablar, guapa. Dime algo!!  
Besos especiales 😊❤

«¿Y esto es todo después de una semana? ¿Y todavía espera que sea yo quien diga algo?», pensó Celia, hecha una furia. Un hombre que cuando estaba con ella se pasaba la mitad del tiempo pegado al teléfono, ahora la despachaba con siete frases cortas y con tres emoticonos. Ni se dignó mandarle uno de los muchos dibujos que hacía de mujeres desnudas o de amantes apasionados o unas notas tocadas en el piano, como la vez aquella que le pidió perdón dedicándole el «*Allegro* de amor», que le dijo que lo compuso para ella. ¡Tenía ganas de llorar! No sabía cómo encajaba todo aquello, igual que tampoco entendía lo de «las mejores respuestas que te da el tiempo». Decidida a plantar cara, cambió su estado de WhatsApp, esta vez lo tenía claro: «Si el tiempo no te da las respuestas suficientes, quizá lo haga una llamada de teléfono». ¡Ya estaba hecho! Tenía la esperanza de que él lo sabría interpretar. Encendió una pequeña televisión que había colgada en una esquina de la cocina y buscó *Gran Hermano*.

#### IV

Parece que el frío del otoño está perezoso y solo deja notar su presencia cuando se va el día. Amalia, una mujer de algo más de cuarenta años, está sentada frente a una mesa de cristal y acero, estudiando desde su ordenador los mensajes de una aplicación de contactos para solteros. Lleva un rato compartiendo habitación con la noche y con el frío que ha ido trepando por sus pies descalzos, calando, despacito, sus huesos y sus manos. El retrato de un marino francés de mediados del XIX, que pende justo encima de su mesa, contrasta con el estilo minimalista del resto de la habita-

ción. Es la pintura de un hombre de unos cuarenta años que recoge en una coleta una corta melena, mientras que algunos mechones rubios perfilan su rostro serio y unos labios delgados dibujan una boca desproporcionadamente larga y fina.

Hasta hace bien poco, la fe de Amalia en estas aplicaciones para relacionarse era nula. Abrió un perfil por curiosidad, porque era gratis y, sobre todo, por despecho. Eligió algunas fotos entre las más recientes de las que guardaba en el álbum de su iPhone y rellenoó un cuestionario con preguntas sobre ella y su situación. En algunas mintió. Le costó mucho admitir que su matrimonio acabó hace cinco años. Ahora no lograba entender por qué siempre mantuvo la esperanza de que los problemas terminarían por resolverse, de que solo era una crisis. Por esta cerrazón suya, hace unos meses se dio de bruces con un hecho que llevaba tiempo acercándose de frente, pero que nunca quiso ver. Hablando con su exmarido Julián para dirimir asuntos relacionados con sus hijos, él le confirmó lo que ella jamás hubiera querido escuchar:

—Amalia, quiero ser yo quien te lo diga y que no te enteres por lo que te cuenten nuestros hijos: Susana y yo nos casaremos el próximo mes de marzo.

Aquella misma tarde toda la cólera que guardaba desde el día en el que Julián se fue salió de ella en un grito insólito, de rabia y de vergüenza. Rabia por el tiempo desperdiciado y vergüenza por su indolencia ante los desastres que no quiso enfrentar. Solo entonces, una vez descargado el grito, admitió que en su día no quiso valorar esos pequeños montones de arena que iban instalándose en los silencios entre ellos hasta convertirse en el desierto de palabras y emociones que acabó por separarlos. No vio otra puerta por donde salir de su encierro y, mayormente por despecho, buscó la aplicación de contactos y desempolvó todos sus perfiles en las redes sociales que llevaban años olvidados, aburridos. Quedó sorprendida por la rapidez con la que empezaron a llegarle los mensajes. Al principio los abría con aprensión, por si los hombres de las fotografías se materializaban de pronto en su salón como si

vinieran de la nave Enterprise. Pero, poco a poco, fue ganando en seguridad y, sobre todo, creció en ella la necesidad de contestarles, motivada por un interés real de conocer a alguien que la sacara del estancamiento en el que se encontraba.

La primera imagen que llegó de Germán estaba hecha en el campo, sentado en un murete de piedras irregulares. Un pañuelo cubría parte de su cabellera rizada. Al parecer vivían relativamente cerca. En su semblanza decía: «Soy un hombre detallista al que solo le gustan las aventuras en el cine. No busco la primera noche, quiero compartirlas todas». Amalia imaginaba la aplicación como un mar de barcos hundidos, lleno de náufragos que, como ella, no tenían tiempo que perder ni otra herramienta que esa para salir a flote. Germán le pareció demasiado atractivo, que destacaba como el luminoso de las ferias y eligió la opción de «Seleccionar en otro momento», pero, en los días sucesivos, siguió encontrándose en la lista que la aplicación le mandaba de los más compatibles y, además, aquella noche tenía un mensaje que decidió abrir.

¡Hola, Amalia!

Nuestros perfiles coinciden. Vivimos cerca y a los dos nos gusta la música y pintar. Tengo a veces entradas para los ensayos del auditorio. Podríamos ir juntos un día y tomarnos después un vino.

¿Qué me dices?

Su sencillez rebajó sus recelos y Amalia pinchó en el icono que proporcionaba más información. Era enfermero, le gustaba tocar el piano, dibujar y las motos.

—Este al menos parece normal. ¿Tú cómo lo ves? —preguntó al joven almirante del retrato, como si esperara una respuesta que venciera su indecisión—. Sí, tiene todo el aspecto de un corsario, en eso te doy la razón —afirmó, haciéndole partícipe de sus dudas.

Sabía que había llegado el momento de dejar marchar el pasado. Ahora se daba cuenta de que estuvo acicalando los recuerdos del tiempo que estuvo con Julián, intoxicándolos de pequeñas men-

tiras para que siguieran pareciéndole bellos. Debía buscar en las nuevas circunstancias la manera de ser feliz. Quizá estaba acostumbrada a complicar las cosas sencillas. En un arranque de decisión, contestó el mensaje.

¡Hola, Germán!

Me gusta el plan del auditorio, pero a los vinos invito yo.

Ya me dirás cuándo.

Cada vez hacía más frío. Se frotó las manos y exhaló sobre ellas el calor de su aliento. Un bostezo, frustrado otras veces esa noche, se adueñó por fin de ella. Era tarde y debía descasar. Siempre le ocurría lo mismo, abusaba del silencio de la noche para robar horas al sueño y entregarse a sus pequeños caprichos. Cerró la sesión en su portátil y se despidió con un beso del marino, que nunca dejaba de mirarla.

Ya en la cama se quitó el elástico que aprisionaba su pelo negro y abundante y jugueteó con las ondas de su cabello para dormirse. Odiaba sentir la soledad allí, durmiendo a su lado. La odiaba.

La mañana siguiente amaneció encapotada. La boca de Colonia Jardín quedaba muy cerca de la puerta de su casa y tenía línea directa hasta Cuzco, la parada más cercana para llegar a las oficinas que el grupo de Consultora y Asesoría Inmobiliaria para el que trabajaba tenía en Alberto Alcocer. Coordinaba a un grupo multidisciplinar de arquitectos, economistas y abogados, y, ese día, estaban citados a las ocho con una corporación de inversores que deseaban conocer la viabilidad de un proyecto inmobiliario. Pudo sentarse cuando se subió al vagón y se concentró en repasar el orden de las intervenciones y algunos aspectos que quería destacar sobre la optimización de materiales. Después de unos minutos leyendo el dossier, sin quererlo, su mente se distrajo y se fue lejos de aquel vagón. Las gráficas y los números sobre dureza y maleabilidad, los alzados de pilares y de jácenas llenaban sus ojos de datos y palabras, pero sus pensamientos la tenían ensimismada en otros

rincones, haciéndose preguntas sobre cómo sería Germán, el hombre que estaba decidida a conocer. Una voz femenina anunció que la próxima parada era la suya.

Llevaba casi diez años trabajando para la consultora y conocía bien la dinámica de las presentaciones. Cuando finalizó la reunión, cuatro horas más tarde, consultó su agenda y comprobó que podía perfectamente atender la *conference call* pendiente con los socios ingleses desde su casa. Aprovecharía la tarde para resolver algunas cuestiones por hacer. El trabajo le había salvado de perecer ahogada en sus propias lágrimas en los últimos años, los que siguieron a su divorcio.

Cumplidos los compromisos que tenía, se sentó frente a su mesa de cristal y acero, bajo el antiguo retrato del marino. En la mano derecha, una copa de tallo largo con un tempranillo floral y herbáceo para paladear y disfrutar de cada sorbo. Sabía que estaría sola hasta la noche, que sus hijos volverían tarde. Iban con su padre a la escuela de fútbol y llegarían después de cenar. Ella no compartía su pasión por el deporte. Cuando se quisieron apuntar a fútbol, le pareció bien si Julián los llevaba. Solo algunos domingos fue con ellos a los partidos y se sentó en la grada para seguir el juego, incluso intentó animarlos como hacían otros padres, pero ni los goles de sus hijos lograron que le gustara. Cuando se separaron dejó definitivamente de ir. Ver a Julián en tensión, de un lado al otro del campo, poseído por una emoción que ella era ya incapaz de provocarle, le dolía como si le exprimieran el hígado.

Mientras se fijaba en los numerosos detalles que engalanaban el uniforme del marino, su mente fue transitando por la memoria de su propia vida. Ese cuadro llevaba con ella desde la infancia. Con cada trago hizo nuevo un viejo recuerdo: en la pequeña *boutique* de su madre, jugando a las palabras con su padre y con su hermano Mauro. ¡Cómo hubiera disfrutado su padre con sus hijos! La enfermedad se lo llevó pronto. Luego estaba su boda. Paladeó de nuevo el vino para hacer menos amarga la constatación de que Julián estaba tan lejos de ella como el mediodía lo estaba de la medianoche.

—¿Qué hacemos? —preguntó al retrato, levantando su copa para invitarlo a un brindis—. Creo que va siendo hora de que cambiemos el rumbo.

Con el último sorbo, un regusto a vainilla y ciruela le sorprendió. Ni el vino perpetuaba un único sabor, siempre se enriquecía con matices. Su mundo cambiaba y ella no sabía cómo hacer para paladearlo con deleite. Abrió decidida su portátil y buscó la página de contactos. Un icono le indicó que tenía un mensaje de Germán y, al comprobar la hora en la que fue enviado, se dio cuenta de que debió escribirlo pocos minutos después de que ella le mandara el suyo el día anterior.

¡Hola, Amalia!

¡Lo del plan del auditorio está hecho! El sábado si quieres. Te mando el programa y mi número de teléfono para que me confirmes.

Un beso.

Amalia no lo dudó y buscó su móvil. Dos, tres..., al quinto tono una voz masculina contestó.

—¿Germán?, soy Amalia. Hemos quedado este sábado, ¿recuerdas? —le dijo con aplomo mientras le sonreía al hombre del retrato, buscando, como otras veces, su complicidad.

—¡Claro que me acuerdo! —contestó una voz grave al otro lado del teléfono—. Me alegro de que te decidieras a venir.

—El programa parece tentador —afirmó—. El primero y también el segundo, el de los vinos.

—¡Totalmente de acuerdo contigo! —respondió entre risas—. Perdona, Amalia, tengo que entrar en quirófano, ¡es lo que tiene trabajar en urgencias! ¿Te puedo llamar en otro momento?

—¡Claro! Ya tienes mi número, hablamos. *Ciao*.

La voz de Germán le gustó, era cuanto pudo concluir de aquel primer contacto telefónico. Miró la hora. Sus hijos estaban a punto de llegar. De pronto la pantalla de su móvil se iluminó. Había en-

trado un WhatsApp: «No tuve tiempo de desearte una buena tarde, Amalia. Un beso». Era de Germán. Ella arqueó las cejas y guiñó un ojo al marino del retrato. Estaba decidida a darle la vuelta a su vida. En lo que llegaban sus hijos se dispuso a echar una ojeada por Facebook.

## V

Antes de que llegaran las abejas a buscar en las flores el néctar para la miel, la mesa de trabajo de Blanca, en el laboratorio farmacéutico, se llenaba de tubos de ensayo, de preparaciones, de matraces, de Erlenmeyer con pólenes y esporas de extracciones de otros años y nuevas que debía analizar y descomponer para las industrias de medicamentos y alimentarias.

Lo sabía todo sobre la miel. Las conocía todas, las buenas y las malas. Le gustaba ver, guardados en las neveras, los tarros llenos de miel cruda recolectada por San Miguel, tan sólida y cristalizada que no se disolvía en el agua. Ella maceraba las preparaciones y las precipitaba después, gota a gota, y veía al microscopio las muestras con fragmentos de alas o de patas de los insectos adheridas. Cuando terminaba con los análisis, a veces se guardaba los sobrantes y separaba los más dulces para su casa, otros los regalaba. A Germán le gustaba mucho y hacían también velas aromáticas con la cera, con esencias de romero, de azahar o de eucalipto.

